



**Y** pasó que en la tierra de Mundarna, en un cruce de caminos, una tarde de invierno, se encontraron dos brujas. Una se llamaba Antazil, la otra Bondur. Eran expertas en sus artes, sobre todo en el de la transformación, que permite a sus adeptos mudar de apariencia y de naturaleza.

Venían de lugares lejanos igualmente distantes, y se odiaban.



La causa no es tan importante: los conflictos de los poderosos son los nuestros, igual de terribles o de mezquinos, por más que ellos se empeñen en pintarlos dignos de más atención, de horror o maravilla, de arrastrar pueblos y naciones. Básteme decir que habían conversado por medios mágicos y decidido que ninguna podía tolerar más la existencia de la otra, y que allí, lejos de miradas indiscretas, lejos de cualquiera que pudiese sufrir daño, resolverían sus diferencias de una vez.

Una llegó por el norte, caminando. La otra, por el sur. Cuando estuvieron cerca, a unos palmos de tierra fría la una de la otra, se detuvieron. Se miraron y no dijeron nada.







Pero Antazil se convirtió en águila grande y majestuosa, de garras y pico de acero, y se arrojó sobre Bondur para sacarle los ojos.  
Y Bondur se volvió una serpiente constrictora de piel gruesa y verde, y se enroscó en el águila para estrangularla.

